

Por un decir y un hacer poético antagonista

«El criterio de la fecundidad de un arte comprometido no estriba en la solución de crisis y conflictos, sino en combatir la ilusión de que, en medio de los peligros y bajo el signo de la catástrofe, todavía se sigue viviendo en un mundo sin peligro alguno»

(Arnold Hauser)

Lejos de las concepciones redentoras de la poesía, de una visión autosuficiente de la literatura como forma de intervención sobre y en la realidad, resulta una obviedad afirmar que el arte y la poesía por sí solos no van a cambiar el mundo, aunque sí a los individuos que son quienes tienen la capacidad, la fuerza y la potencia para ello. La poesía puede contribuir a generar la transformación interior necesaria para que sea efectiva y real la revolución social: puede producir cuestionamiento, desestabilizar certezas para generar pensamiento crítico autónomo (con uno mismo, con los demás y con el entorno), ayudar a complejizar nuestra percepción de la realidad para poder observarla de modo más veraz, activar al público (lector, oyente), reconstruir nuestra mirada del mundo, formular y reformular sentimientos, estrategias y problemas creados en esa tensión de la vivencia y de la lucha en un sistema de clases. La poesía abre la conciencia, la puede ampliar, al hacer tambalear las convenciones y las convicciones, al mostrar otras formas de organizar el lenguaje (significantes y significados del mundo). Es decir, la poesía puede acompañar y construir antagonismo; puede participar en el proceso de generación de ideas al mismo tiempo que nos ayuda a comprender la realidad para transformarla.

Considero que la instrumentalización de la poesía (entendería que de toda la literatura) es inevitable. La poesía, como construcción lingüística, responde a unas necesidades, y no puede no ser, por su propia naturaleza, una herramienta para satisfacerlas. Desde luego, este hecho no debe conllevar ninguna connotación, puesto que se trata de la constatación de una cualidad irrenunciable. Se dice, se escribe, para algo. Insisto en que tenemos que desligar ese concepto de «instrumentalización» a una mera intención política, e interpretarlo en un sentido estricto. Por tanto, entender la poesía como puerta de acceso a un conocimiento o como expresión lírica afirmo que es también una manifestación de esa instrumentalización. Se trata, pues, de un medio porque el propio lenguaje es un medio, aunque se emplee la función poética del lenguaje en un determinado ejercicio comunicativo. Otra cuestión es la multiplicidad de funciones que pueda poseer la poesía; todas las imaginadas y las imaginables. Pero, ¿el mero hecho de plantearse ya que tiene una función (no estoy hablando en términos de utilidad, sino sólo de metas y objetivos) no significa reconocer que se crea para algo –aunque sea la mera complacencia estética–?

La mitificación de la poesía como herramienta de conocimiento (total o parcial, certero o aproximado, directo o de merodeo) corre el riesgo de construir una falsa idea de autonomía: ¿Qué ocurre con quien la produce, con quien la emite, con los signos que la conforman, con el mundo al cual alude? Las implicaciones y las resonancias extraliterarias son ineluctables; resulta imposible que no tengan lugar. ¿Son acaso textos surgidos autónomamente, generados por sí solos, por entidades no humanas? ¿No son recibidos por individuos que se relacionan con otros individuos? ¿El acto de leer no consiste en sí en una apropiación del texto, en un acto de compleción con lo que aporta el lector? Defender, por tanto, que el poema no posee relación con el mundo, que no existe en el mundo, no tiene sentido más que como ilusión. Eliminar estos elementos de esa construcción que es el poema (que canaliza una sensibilidad poética que puede ser provocada por multitud de objetos y acon-



tecimientos, no sólo textuales) genera –y es generada por– una actitud que pretende desasir el mundo de su irrenunciable materialidad. En efecto, no podemos negar la naturaleza material de dichos anclajes: esto nos puede llevar a desarrollos filosóficos muy estimulantes desde el punto de vista intelectual, pero en absoluto operativos en cuanto al análisis riguroso de lo que contiene y proyecta un poema.

La relación del ser humano con los demás y con su entorno arroja un posicionamiento siempre presente en el poema, explícita o implícitamente, pretendido o no. En ese sentido, no es cuestión de ignorar las múltiples posibilidades de la escritura y de la lectura poética, sino de ser conscientes del papel que juega en la sociedad actual, a qué y en qué se apoya, si estamos conformes con ello, y responder en consecuencia. Es decir, resulta imprescindible que seamos responsables de nuestros textos, de sus implicaciones, de lo que presentan y representan; que las asumamos sin rodeos, profundizando en su conocimiento, observando las inercias, las reproducciones, las imitaciones. Adquirir conciencia de nuestro obrar en ese plano también nos permite reconocer nuestra capacidad de actuación en la vida y en la sociedad.

Precisamente, el impulso crítico hace posible que la poesía sea un ejercicio y una herramienta de cuestionamiento y de deslegitimación. En absoluto es incompatible con una investigación lingüística ni con una indagación filosófica, pero requiere una salida de sí, un enfoque hacia los otros. Expresa de facto un posicionamiento anti-autoritario y puede ser desarrollado de numerosas maneras, con variados registros. Se debe insistir, por tanto, en que existen diversas formas de acercarse y de hablar de la realidad. Esta es una maravillosa cualidad, que abre innumerables posibilidades y que nos enriquece muchísimo. La realidad no es unidireccional, sino poliédrica, de percepción múltiple, en constante evolución, y participamos ineludiblemente en la construcción de su naturaleza conflictiva y contradictoria como sujetos y objetos a un mismo tiempo.

En concreto, los poetas que han trabajado el conflicto sociopolítico y económico contemporáneo nos han demostrado que puede abordarse desde distintas perspectivas y a través de diferentes manifestaciones. No responde, por tanto, esta intención a una orientación estética, sino a una motivación política, a un posicionamiento ideológico y ético.

En tiempos de derrota ideológica como los nuestros, debemos mostrar constancia, humildad y unidad en la heterogeneidad, intrínsecamente abierta, del trabajo antagonista, también en el ámbito cultural y artístico. Debemos establecer redes que aúnan las grietas que vamos creando en el sistema, que permitan afianzar las cuñas que introducimos en el pensamiento y en el discurso hegemónico para dilatar esos espacios de resistencia y que comiencen también a ser espacios de ofensiva. Por otra parte, tenemos que desarrollar una absoluta coherencia entre nuestro discurso y nuestra práctica artística en nuestra poesía. Que sea una consonancia de radicalidad anticapitalista, basada en valores anticapitalistas que se expresan en formas anticapitalistas. Que nuestros versos puedan hablar por sí solos y apuntar a un horizonte de transformación ética y social. Que traigan ese mundo futuro con su presencia hoy. Que no sólo lo canten o lo formulen, sino que lo hagan realidad. Hay que ir más allá de las declaraciones de los manifiestos. Ya no se trata de hablar de las posibilidades de la poesía sino de ponerlas en marcha. No enunciarlas, sino que sea el propio verso su puesta en práctica. Eso nos enseña a avanzar del pen-

samiento y del deseo a la acción, y nos empuja a arriesgarnos y a probar y a examinar nuevas propuestas (estéticas e ideológicas).

Se presenta, entonces, la posibilidad de plasmarlo en todos los niveles, no sólo en el plano discursivo, sino también en el ámbito formal y estructural. Si toda construcción revela una intencionalidad (consciente o inconsciente), encierra una concepción del mundo y de las relaciones entre quienes lo habitan, la clave sería apostar por establecer un sistema diferente al vigente (ligado al productivismo, al consumismo, a las relaciones de dominación, al patriarcado, al capitalismo).

Por tanto, se trataría de conseguir una poesía que se corresponda, desde su propia base hasta su manifestación, con la sociedad a la que aspiramos; que la haga presente y no una mera proposición. Así, consistiría en desarrollar unas prácticas literarias y artísticas cimentadas en lo colectivo, que busquen la participación del público, que tiendan al diálogo y no a lo unidireccional, imaginativas, estimulantes, abiertas a la pluralidad y a la diversidad y que manifiesten (de las más diversas maneras: radical, temática y formalmente) un posicionamiento crítico con el mundo actual. Siempre, en cualquier caso, requeriría manejar una poesía que fuera consciente de las herramientas retóricas que tiene a su disposición; que no descuidase nunca el trabajo con la palabra. Una investigación al respecto (individual y colectiva) permitiría aprovechar al máximo su capacidad para enunciar el horror y la belleza del mundo; para desentrañar, desenmascarar, revelar.

La poesía de calidad necesita de la extrema atención del poeta y del lector. Exige una mirada radical, que atraviese la apariencia y se detenga en la raíz. Esa habilidad se puede extender a todo el entorno, y puede ser el motor de ese decir y de ese hacer antagonista, tan imprescindible hoy como siempre, pero más fundamental conforme la desigualdad, la injusticia y el ecocidio se agravan. Propuestas poéticas de este tipo aparecen como un espacio de emergencia, como una necesidad de respuesta y de articulación de otros discursos y de otras formas de pensar y de vivir. En su establecimiento como algo permanente, que mantenga una continua conflictividad, reside una de las claves para, más allá de la inmediatez y de la explosión, ofrecer un cuestionamiento del sistema político, económico y social de la dominación con las posibilidades que la poesía posee: epistemológicas, comunicativas, estéticas. La Historia de la Literatura, sin embargo, demuestra que esa continuidad ha existido y existe, más allá de la visibilidad (mediática o social) que puntualmente haya tenido y de los momentos en los que las agresiones del Capital, del Poder, se han extremado, como en la actualidad. Conocer esa continuidad, esa tradición de resistencias, también resulta fundamental para progresar y avanzar intelectual y artísticamente.

En cualquier caso, no podemos olvidar que el trabajo artístico e intelectual no nos exime, si pretendemos intervenir políticamente en la sociedad para transformarla, del trabajo militante dentro de organizaciones revolucionarias, como individuos que, además, nunca dejamos de aprender y cuyo trabajo artístico responde, parte y regresa, por tanto, a una realidad de lucha y de antagonismo. “Reflexión-acción-reflexión” debe ser un eje de actuación también aplicable a pensadores, artistas, escritores, poetas. Y es que no es cuestión de hablar sólo del papel de la poesía, sino del poeta en cuanto ciudadano inserto en la polis, como ser político, en un tiempo tan decisivo para la pervivencia de la dignidad y de la existencia de las personas y del resto de seres vivos como el presente.





*Zuhaitzaren
fruitua*

*Un árbol
con frutos*



Bizkaiko Foru Aldundia
Diputación Foral de Bizkaia